II Trimestre de 2009
Libro Complementario

Caminar la vida cristiana

Reinder Bruinsma

Capítulo once

Mayordomía

«En un buen pan hay más religión de lo que muchos piensan». [1]

Yo creo que uno de los aspectos más deplorables de la filosofía postmoderna es la predilección por la fragmentación. Cuando a Jaques Derrida, uno de los famosos filósofos postmodernos, se le preguntaba: «¿Cómo está usted?», él respondía con otra pregunta: «¿En qué piso?» Le gustaba comparar su vida con una casa de varios pisos, cada uno con varias habitaciones, y la vida que él vivía en uno de los cuartos seria muy diferente de cómo la vivía en otro.

Por desgracia, esta tendencia a la fragmentación está dejando sus huellas en muchas vidas cristianas. Los valores que dirigen sus vidas cuando están en el hogar pueden diferir grandemente de cómo se comportan cuando están en la iglesia. Y otra vez pueden mostrar otro tipo de conducta cuando están fuera, en el gimnasio u operando en su lugar de trabajo. Naturalmente, los papeles que «desempeñamos» siempre afectarán la forma como actuamos y hablamos. Sin embargo, el cristianismo debe determinar quiénes y qué somos en una forma 24/7. Como vimos en capítulos anteriores todo eso tiene

[1] Elena G. de White, *Consejos sobre el régimen alimenticio*, p. 374

© Recursos Escuela Sabática

que ver con el discipulado. Pero también subyace en la base el concepto de *mayordomía*. Tanto los cristianos como los no cristianos utilizan este vocablo, pero la mayordomía tiene un significado mucho más profundo para aquellos que desean modelar su vida de acuerdo con la de Cristo. Ser mayordomo no es una función que asumo en un solo piso o en un cuarto de nuestra existencia, la verdadera mayordomía toca cada aspecto de nuestra amada vida.

Muchos ensayos o sermones relacionados con la mayordomía toman su punto de partida en la historia sobre los tres siervos que Jesús contó en Mateo 25. Podemos leer la historia paralela relatada en Lucas 19. Los *personajes del drama* difieren, pero el propósito de las dos narraciones es el mismo. Un «amo» que se fue de viaje al extranjero y dejó diferentes cantidades de dinero (o «talentos») a cada uno de sus siervos. A su retorno estaba interesado por saber qué ganancias habían obtenido sus siervos. Aquellos que habían producido una buena ganancia en lo que se les había confiado recibieron alabanza, mientras que el siervo que no consiguió ninguna ganancia, porque se limitó a guardar celosamente lo que se le había dado sin darle ningún uso, afrontó una severa crítica. La lección es clara: Tenemos la responsabilidad de usar nuestros recursos en la mejor forma posible. No es solo un asunto de sentido común, es un deber religioso. Tan simple como suena, lo que lañemos no es nuestro, sino que se nos ha confiado para optimizarlo. Por lo tanto, debemos analizarlo y hacer nuestro mejor esfuerzo para tener «utilidades».

Siempre que se discute el tema de mayordomía, se toca el asunto del dinero. Es natural que esto suceda, pues el dinero juega un papel crucial en la vida hombre, y esto incluye al cristiano. Pero sería una grave equivocación limitar el campo de la mayordomía a los asuntos materiales. Tiene que ver con muchas otras áreas de la vida: nuestras habilidades y capacidades, el uso de nuestro intelecto y nuestra potencial influencia sobre la sociedad, nuestra administración del tiempo, nuestra salud y definitivamente también mayor responsabilidad por nuestro planeta, el clima, la naturaleza y el ambiente.

Mayordomos del mundo

Es bueno ver que muchos cristianos adventistas están profundamente interesados en el planeta Tierra y participan en las políticas así como también en los esfuerzos para salvaguardar la naturaleza, mantener limpio nuestro mundo, hacer todo cuanto puedan para combatir el cambio del clima y usar cuidadosamente los recursos no renovables de nuestro planeta. Sin embargo,

© Recursos Escuela Sabática

al parecer, los primeros adventistas estaban en muchas formas delante de muchos adventistas de la actualidad en cuanto a sus preocupaciones sociales se refiere. Verdaderamente sorprende ver cómo una pequeña y naciente comunidad religiosa, que todavía tenía que invertir mucha de su energía en establecer su identidad doctrinal y conseguir salir organizacionalmente del frío suelo, al mismo tiempo estaba tan involucrada en iniciativas para oponerse a la esclavitud, en defensa de los principios de no combatientes en medio de una guerra civil y especialmente en asumir un papel de liderazgo en las campañas de temperancia al estar en la primera línea en la reforma de salud y valientemente afrontar los desafíos de la libertad religiosa. Los pioneros adventistas, a pesar de su énfasis en el pronto regreso de Cristo, no se retiraron del mundo, sino que fueron entusiastas al presentarse a sí mismos como sus más destacados mayordomos. Tomando en cuenta esta rica herencia de involucramiento con la sociedad, uno se pregunta qué pasó y qué causó que tal mayordomía tan activamente comprometida con el mundo que nos rodea esté desapareciendo gradualmente.

Los cristianos que ponen gran valor sobre la historia de la creación deberían poner especial atención a las implicaciones de la mayordomía en los primeros capítulos de Génesis, porque es allí donde descansa el fundamento del concepto total de mayordomía. Todo principia en el jardín del Edén. Dios bendijo a la primera pareja que había creado y les dio su tarea: «Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra y sojuzgadla, señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas la bestias que se mueven sobre la tierra» (Génesis 1:28). Podríamos parafrasear «sojuzgadlos» como «controlar su potencial». La humanidad recibió la tarea de cuidar la creación de Dios. «Tomó, pues, Jehová Dios al hombre, y lo puso en el huerto del Edén, para que lo labrara y lo guardase» (Génesis 2:15). Es interesante saber que Adán tuvo que darle nombre a todas las criaturas de Dios. Eso indica que teníamos que ejercer control sobre ellos. Note que nuestra responsabilidad hacia la tierra es la de atender un jardín, no es una licencia para explotar o saquear la creación de Dios. Por desgracia, la humanidad no ha realizado ese trabajo de la mejor manera. En lugar de «atender» la tierra y cuidarla, los seres humanos han destruido una gran porción de lo que se suponía que iban a proteger. Abundan los ejemplos. La selva tropical ha sido diezmada, con cuantiosas ganancias desaparecidas en los profundos bolsillos de negociantes del Oeste y políticos corruptos del tercer mundo. Las reservas de combustibles fósiles están agotándose rápidamente, liberando imprudentemente enormes cantidades de CO_2 en la atmósfera y muy probablemente siendo la principal

© Recursos Escuela Sabática

causa de los terribles cambios del clima. Los seres humanos están «mejorando» genéticamente la creación de Dios y han estado añadiendo muchas sustancias a la tierra, a los alimentos de los animales y a su propia comida, que la persona promedio está confusa y no puede determinar lo que es seguro para comer o es peligroso consumir.

Podría ser imposible revertir muchos de los procesos que amenazan el ambiente. Después de todo, es un hecho innegable que la solución final para los problemas de nuestro planeta debe venir de arriba. Aún no es demasiado tarde para que los cristianos asuman sus responsabilidades individual y colectivamente en una estupenda mayordomía del estilo de vida. Si bien los resultados no hagan más que incrementar el daño, y aunque todos los esfuerzos combinados de mayordomía ya no pueden revertir el daño hecho, es deber del cristiano dar una señal de que Dios es el dueño y que nosotros estamos listos para reconocer su propiedad visible y concretamente. Una iglesia que habla tanto de mayordomía debería reevaluar lo que hace actualmente y lo que podría y debería hacer. En lugar de ser la «cabeza» entre todas organizaciones actuales que invitan a una mayor actitud responsable hacia la tierra y sus recursos, la penosa realidad pareciera ser que nosotros estamos cerca de la cola. Muy a menudo hemos limitado nuestra visión de mayordomía a unas pocas leyes de salud y a unos pocos aspectos del dinero. Para los cristianos bíblicos eso sencillamente no es suficientemente bueno.

¿Somos dueños de nuestro cuerpo?

La idea de que somos mayordomos de nuestro cuerpo puede apelar más para muchos cristianos de la actualidad de lo que lo hizo en el pasado. Tradicionalmente, los cristianos insistían en que la fe tenía que ver con su alma y no en forma directa con nuestro cuerpo. Como resultado, fue sorprendente ver cuántos de ellos abusaron de su cuerpo. Fumar, beber alcohol y descuidar la alimentación fueron parte de muchos hogares cristianos aquí y en otras partes. Al parecer se ha obtenido algún progreso con relación a esto, mientras que las personas en general han aprendido más en cuanto a la vida saludable y muchos cristianos empezaron a verse en una forma más holística, con el cuerpo y el espíritu interactuando más estrechamente de lo que previamente se reconocía.

Hay una cosa que los cristianos no deberían dudar. Su cuerpo no es de su propiedad, por lo tanto no deben usarlo o abusarlo como les plazca. El

© Recursos Escuela Sabática

apóstol Pablo hizo a los corintios una pregunta que sigue siendo relevante para nosotros: «¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?» (1 Corintios 6:19).

Aunque el enfoque de la Biblia está, ciertamente primero sobre nuestra vida y naturaleza espiritual, las Escrituras no consideran al cuerpo sin importancia. El Antiguo Testamento contiene muchas leyes e instrucciones sobre la higiene y la preparación de los alimentos. La Escritura establece una diferencia entre los alimentos aptos para el consumo humano y aquellos que no lo son (Levítico 11). Comentarios sobre nuestro bienestar físico abundan en libros como Proverbios y Eclesiastés. Jesús mostró un firme interés en el bienestar físico de la humanidad. Sanó a muchas personas que sufrían de una gran cantidad de enfermedades y hasta resucitó a varios muertos. Y también no sintió que rebajara su dignidad de maestro famoso, cuando consideró necesario proporcionar un servicio adecuado para las multitudes que vinieron a escucharlo.

Como hemos notado, la teología adventista desde el mismo principio enfatiza la unidad fundamental del ser humano, señalando hacia el acontecimiento de la creación que declara que el primer hombre llegó a ser un «ser viviente» después que el aliento de vida entró en «lo material» que Dios había preparado (Génesis 2:7). Desde su mismo comienzo los adventistas han rechazado la dualidad del cuerpo y el alma comúnmente aceptado por la mayoría de las iglesias cristianas. Y desde el principio estuvieron sumamente interesados en la reforma pro salud. Pronto rechazaron todo uso de bebidas alcohólicas y tabaco. El tabú sobre otras drogas siguió su ejemplo. También, en sus inicios, el estilo de vida vegetariano recibió fuerte apoyo.

Investigaciones sobre salud en muchos países han provisto una evidencia irrefutable, vez tras vez, de que el estilo de vida adventista ofrece muchos beneficios para la salud, aunque podrían tener un mayor impacto si un número mayor de adventistas fueran más cuidadosos con su estilo de vida. La sugerencia frecuentemente escuchada de que la mayoría de los adventistas han optado por un estilo de vida vegetariano es uno de aquellos mitos acerca de que los adventistas de alguna manera viven. Las investigaciones indican que el porcentaje de vegetarianos entre los adventistas normal-

mente es cerca del 28 por ciento. Es dudoso que haya sido mucho más alto, excepto en ciertas áreas geográficas. [2]

En general, uno podría decir que los adventistas han hecho razonablemente bien en lo que se refiere a la mayordomía de su cuerpo. Aunque todavía muchos de nosotros podríamos y deberíamos mejorar. Muchos adventistas sufren de obesidad más de lo que se esperaría de una comunidad que procura un estilo de vida saludable. Es dudoso que entre los adventistas haya menos trabajadores obsesivos y menos víctimas del estrés en comparación con la población en general. Muchos de nosotros sabemos que no hacemos suficiente ejercicio, insistimos en comer una gran cantidad de comida rápida y consumir demasiada azúcar. Mientras muchos de nosotros «obedecemos» las reglas tradicionales de la salud con las que hemos crecido, si somos verdaderamente sinceros, también deberíamos admitir que nos somos conscientemente tan saludables como deberíamos ser. Como iglesia todavía estamos bastante metidos en el negocio de la salud. Mantenemos elevados estándares en la mayoría de nuestras instituciones. Pero, ¿no habremos perdido mucho de nuestra buena disposición inicial, por estar a la vanguardia de la prosecución de una vida cada vez más saludable? ¿Deberíamos reavivar al menos en alguna extensión nuestro antiguo entusiasmo por los remedios naturales y ser un poco más cautelosos hacia el uso de medicinas sintéticas con sus numerosos efectos colaterales? ¿Deberíamos hablar un poco más de la forma en que muchos de nuestros alimentos son procesados? ¿Deberíamos estar un poco más alarmados por algunas cosas que le pasan a nuestra comida, ya sea de fuente animal o no? Y, ¿deberíamos depender un poco más de las vitaminas y otros elementos vitales de nuestra comida en lugar de apoyarnos demasiado en los suplementos que han llegado a ser omnipresentes en nuestras mesas? ¿Deberíamos pensar un poco más en lo que realmente significa para cada uno de nosotros ser fervientes mayordomos de nuestros cuerpos?

Administración del tiempo

La religión afecta la forma como gastamos nuestro tiempo. El tiempo es una seria y valiosa posesión. En nuestra vida presente tiene un límite definido. «Los días de nuestra edad son setenta», nos dice el salmista, «en los más robustos son ochenta años...porque pronto pasan y volamos» (Salmo 90:10). Sin embargo, esto no significa que cada momento debiera ser utiliza-

---

[2] Keith Lockhart, «The Myth of Vegetarianism», *Spectrum,* Vol. 34, 2006, pp. 22-28.

© Recursos Escuela Sabática

do en el sentido material en el que normalmente empleamos la palabra. Con frecuencia, Cristo tenía un programa muy ocupado, sin embargo, en medio de sus viajes y enseñanzas, él era un hombre del pueblo. Tenía tiempo para platicar, tiempo para una buena comida, tiempo para ir a una fiesta y tiempo para la recreación. Si nosotros queremos imitarlo, ese debería ser nuestro patrón. Por una parte, hemos de evitar aquellas cosas que desperdician nuestro tiempo y energía, y no enriquecen nuestra vida ni la de otros. Por otra parte, tenemos que recordar que la vida es más que trabajo y que necesitamos tomar tiempo para aquellas cosas que podemos verdaderamente disfrutar.

Dios creó el tiempo en ciclos de seis por uno, y todavía este ciclo permanece en el ritmo básico de la vida humana. Seis días para trabajar y hacer toda clase de actividades comunes, y un día apartado por Dios como tiempo «sagrado». Está comprobado que es un horario que se adapta maravillosamente a nuestras necesidades humanas.

En tantos libros escritos sobre la administración del tiempo todos enfatizan no solo la necesidad de planificar a corto, a mediano y a largo plazo, sino también a establecer prioridades y a mantener el equilibrio. El capítulo tres del libro de Eclesiastés es un singular resumen de la clase de equilibrio que ayuda al cristiano a vivir una vida plena. Ofrece no solamente tiempo para trabajar, sino también para la recreación y el descanso. Hay un tiempo para la obra de la iglesia, pero también hay un tiempo para los amigos y la familia. Y cuando hay tiempo para otros, debemos tener tiempo para nosotros mismos.

¿Los talentos y/o los dones espirituales?

Adolfo Hitler probablemente ha sido uno de los más grandes monstruos del siglo XX y de todos los tiempos. Sin embargo, muchos lo obedecieron y lo adoraron. ¿Por qué? ¿Cómo fue posible que convocara tal multitud de seguidores? Sin lugar a dudas tenía grandes talentos, en particular el de la oratoria. Podía mover las masas. Martin Luther King, jugó un papel fundamental en el movimiento por los derechos civiles en los Estados Unidos, tenía ese mismo don. Por generaciones a gente recordará su famoso discurso: «Yo tengo un sueño, que un día...». Tanto Hitler como King fueron extremadamente talentosos y pudieron mover a cientos de miles por su inmensa elocuencia. ¿Dónde estuvo la diferencia entre ellos? Hitler estaba

© Recursos Escuela Sabática

hambriento de poder, lleno de odio y egoísmo. King puso sus talentos al servicio de una causa justa y sirvió a los demás. Ahí estuvo toda la diferencia.

La Biblia no solamente habla de los «talentos», también habla de los «dones espirituales». Todos los creyentes, nos dice la Escritura, están capacitados con algún don. Algunos de estos son muy especiales, incluso asombrosos: el don de sanidad, de hablar en lenguas, de predicar. Otros dones espirituales, aparecen más comunes: la enseñanza, la consejería, la administración, el proporcionar ayuda y consuelo, etc. En varios pasajes se nos da una lista algunos de ellos: Romanos 12, Efesios 4, 1 Corintios 13-15. Los comentaristas difieren en cuanto a la totalidad de los veintidós (o menos) dones. Podemos dividirlos entre 1) dones de enseñanza/liderazgo, 2) dones de servicio y 3) dones «señales» (dados para autenticar la obra de los apóstoles y profetas, particularmente en el tiempo cuando Dios quería que la iglesia primitiva se estableciera y creciera).

La Biblia no nos dice cuál es la diferencia exacta entre los talentos y los dones. Pareciera que se sobreponen en una extensión considerable. Quizá «talento» se refiere en particular al aspecto genético y al proceso de aprender y desarrollar ciertas habilidades, en cambio el «don» enfatiza la gracia divina de otorgar ciertas capacidades sobre nosotros, aunque carecemos de talento natural en tales áreas. Cualquiera que sea el caso, las habilidades que hemos desarrollado y los dones que Dios nos ha confiado se debieran fundirse en nuestra testificación cristiana tanto en palabras como en hechos. Lo maravilloso es que no solo todos tenemos talentos y dones, sino también que aquellos talentos y dones son diferentes uno del otro. Vemos esta verdad en la vida ordinaria. Algunos son artísticos, mientras que otros tienen aptitudes para los negocios. Algunos son buenos cocineros, mientras que jugar fútbol no es el área en que ellos se destacan. Y algunos pueden dirigir la adoración a través del canto, mientras que otros tienen que dejar de intentarlo. Pero ellos pueden ser ¡grandes narradores de historias! Nadie puede hacer todo bien. Siempre necesitamos a otros y debemos aprender a funcionar como miembros de equipo. Esto se aplica no solo para nuestra vida profesional, sino también en la vida en la iglesia.

Mientras que es esencial conocer nuestras limitaciones, es justo y crucial estar conscientes del potencial que Dios nos ha dado y ser buenos mayordomos sobre estos aspectos de nuestra vida. Ninguno de los pasajes bíblicos donde se mencionan los «talentos» alguna vez ha sugerido que cada una de las habilidades y capacidades que tenemos debe ser esencialmente reli-

© Recursos Escuela Sabática

giosa. No todo canto que podemos cantar debe ser un canto religioso, ni todo poema que escribimos necesita ser sobre de Dios, y no todos los aspectos de nuestras habilidades organizacionales tienen que ser dirigidas a la iglesia. Pero podemos usar todos nuestros talentos y dones, ya sea en los deportes, la jardinería, la cocina o en los negocios o la computación para honrar a Dios. «Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios» (1 Corintios 10:31). La pregunta sencilla que usted debe continuar haciéndose es: ¿Es lo que hago agradable a Dios? ¿Enriquece esto mi vida? ¿Proporciona verdadero gozo y satisfacción a mí y a los demás? ¿Hace al mundo aunque sea un poquito mejor o más hermoso? ¿Hace más felices a los que me rodean? ¿Es lo que hago apropiado para alguien que pertenece al campo de Dios? ¿Afirma esto mi compromiso con él o más bien me conduce a alejarme de él?

El dinero

Finalmente, pensemos en cuanto a los bienes materiales, el dinero en particular. Considere solo unos pocos principios básicos. Primero que todo — y esto es verdad en todo lo que tenemos— Dios es el dueño y lo que tenemos solamente lo tenemos prestado. El mismo hecho de ser él sea el Creador implica esto. Cuando el conocido escritor de himnos evangélicos, John W. Peterson (1921-2006) meditaba en el salmo 50:10, el famoso texto que habla de que Dios es el propietario, escribió acerca de cómo Dios es dueño de todo el ganado que pasta en miles de colinas, el paisaje mismo y la riqueza que hay en él y arriba en los cielos. Encontramos también este pensamiento básico claramente expresado en la historia de Jesús sobre el *propietario* de un viñedo que lo confió a unos agricultores, y de los sirvientes y el hijo del dueño que vinieron a supervisar el trabajo de los labradores. Las relaciones subyacentes son abundantemente claras: hay un dueño indiscutible y los demás son labradores (Mateo 21:33-46).

El segundo principio bíblico relacionado con la mayordomía de nuestras posesiones materiales aparece en un dicho de Cristo registrado en Hechos 20:35: «Más bienaventurado es dar que recibir». Tal concepto va contra la fibra de la naturaleza humana, pero es verdad que la experiencia ha probado su veracidad vez tras vez. Sin embargo, solo el verdadero desinterés identifica esta clase de dadivosidad. No procura establecer una reputación de generosidad y tampoco es motivada principalmente por ventajas físicas. El dar «bendecido» no se expresa en signos de pesos, sino en la cantidad de amor que lo impulsa. Fue en ese punto donde falló el generoso regalo de Ananías

© Recursos Escuela Sabática

y Safira (Hechos 5:1-10). Por otra parte, Jesús apreció gratamente las dos blancas de la viuda pobre (Marcos 12:41-44) y la efusión del perfume de mucho precio (Juan 12:1-7).

Dar no es un aspecto incómodo, doloroso de la mayordomía, sino la personificación de su gozo. Dios busca un «don voluntario» y no uno dado por una sutil o no tan sutil presión (2 Corintios 9:7). Él desea que velemos generosamente por aquellos que estañan necesidad, y que no seamos partícipes de un corazón duro y tacaño (Deuteronomio 15:7). También él desea que no seamos tacaños cuando consideramos nuestros dones hacia él. Esto nos lleva al tercer principio fundamental: Dios tiene el primer derecho en todo lo que decidamos hacer con nuestras «posesiones». Debemos «regresar» una parte significativa de lo que él nos ha prestado como un reconocimiento inequívoco de que todo lo que recibimos es suyo. El Antiguo Testamento establece una norma mínima para darle a Dios el diez por ciento. El nuevo Testamento solo se refiere en pocas ocasiones y en una forma pasajera, al diezmo (como por ejemplo en Mateo 23:23). Diezmar, aparentemente, es tan natural que no necesita mayores comentarios.

Considerando todo lo que sabemos ahora, cómo cristianos del Nuevo Testamento, del amor divino que no tiene límites; incluso la consideración de dar a Dios menos de lo que el Antiguo Testamento les enseñó a los creyentes a dar, es completamente inapropiado. Por lo tanto, es muy razonable continuar citando el famoso pasaje en los escritos proféticos de Malaquías (3:8-13). El profeta le advierte al pueblo de que no debe «robar» a Dios reteniendo los diezmos. Él los desafía a ellos, y a nosotros, a: «traer todos los diezmos al alfolí» (versículo 10). La promesa del Todopoderoso es esperar lo que él hará: «si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobre abunde».

La mayordomía cristiana tiene amplias dimensiones. Es una cuestión de elección. Nosotros le servimos a él y lo reconocemos por lo que él es, o le volvemos la espalda y nos centramos en nosotros mismos. «Ninguno puede servir a dos señores» (Mateo 6:24). O él es nuestro Señor o no lo es. Y solamente podemos ser verdaderos discípulos si reconocemos su señorío y si demostramos ser buenos mayordomos. Los dos conceptos están totalmente entrelazados.

Por supuesto ninguna de las cosas que hemos mencionado nos ayudará a ganar nuestra eterna recompensa. Somos salvos por medio de la fe en Cristo, y no por reciclar nuestros cristales o nuestros papeles o por comprar un

© Recursos Escuela Sabática

automóvil «limpio», por buscar la dieta más saludable posible, por tomar clases de piano para desarrollar nuestro talento musical o por no olvidar nunca pagar nuestros diezmos. Pero nuestra consagración a Jesucristo se hará visible en la forma como opera en nuestras vidas (Santiago 2:18). Ese es el verdadero significado de la mayordomía.

© Recursos Escuela Sabática